

ÚLTIMAS CUESTIONES

Entre las personas de edad deben de ser comunes ciertas reflexiones. Sin duda, una que recuerdo ahora es muy familiar. En los años pasados, esperando ver abrirse los capullos de las flores, me asaltaba á menudo la idea: ¿veré otra vez brotar las rosas? ¿Me despertará otra vez al amanecer el canto de los tordos? Ahora que el término no debe, al parecer, estar muy distante, aumenta mi inclinación á pensar en el fin de la vida.

Se supone por lo general que los individuos que han abandonado las creencias del Cristianismo se preocupan exclusivamente de los intereses y actividades materiales, no curándose nada del Cómo y del Por qué, del De dónde y del A dónde. Puede, en verdad, ser así tratándose de hombres incultos; mas no lo es seguramente tratándose de personas educadas. En la inteligencia de aquellos que conozco íntimamente, el «enigma de la existencia» llena más espacio que el que ocupa la concepción corriente en el entendimiento de la mayor parte de los demás.

Después de estudiar las religiones primitivas y de haber encontrado que el único origen de la creencia en otra vida está en la idea deducida de los ensueños por el salvaje de haber un *doble* errante que vuelve al des-

pertar y que se ausenta por tiempo indefinido en el momento de la muerte, y luego de contemplar la relación inescrutable que existe entre el cerebro y la conciencia, y de haber visto que no hay ninguna prueba de la existencia de la última en faltando la actividad del primero, nos es forzoso desechar el pensamiento de que la conciencia subsiste cuando la organización física deja de ser activa.

Mas parece una conclusión extraña y repugnante la de que al cesar la conciencia con la vida, se extinga toda idea de haber existido. Exhalado el postrer aliento, es como si nunca se hubiese vivido.

Y la conciencia misma, ¿qué es mientras dura? ¿Y en qué se convierte cuando termina? Podemos únicamente inferir que es una forma especializada é individualizada de la Energía infinita y eterna que trasciende tanto de nuestro conocimiento como de nuestra imaginación, y que á la muerte torna al origen de donde salió.

Así en lo tocante al mundo exterior, como en lo tocante al mundo interior, los hombres á quienes no han satisfecho las explicaciones tradicionales han promovido siempre las mismas cuestiones; cuestiones manoseadas acerca del origen, significación y fines del universo, considerado como un todo, y de los seres vivos que lo pueblan, sin olvidar las formas microscópicas que llenan el aire, la tierra y el agua. De continuo se imponen estos problemas al Agnóstico, el cual ve la futilidad de todos los esfuerzos que se hacen para encontrar una solución consistente.

Hay un aspecto del Gran Enigma al que de ordinario se presta poca atención, pero que en estos últimos años me ha impresionado con frecuencia. Me refiero,

no á los problemas que suscitan todos los seres concretos, desde los soles hasta los microbios, sino á los sugeridos por la forma universal, bajo la que existen, á los fenómenos del Espacio.

En nuestra adolescencia no nos causan sorpresa las verdades geométricas explicadas en el Euclides. Es suficiente aprender que en el triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados de los catetos: es una proposición demostrable, y esto basta. En punto á la multitud de notables relaciones que hay entre las líneas y entre los espacios, muy pocos se preguntan: ¿por qué son así? Tal vez alguien haya planteado recientemente la cuestión, como yo lo he hecho, en presencia de las verdades tan sorprendentemente admirables, agrupadas ahora bajo el nombre de «Geometría de posición.» Muchas de ellas son tan pasmosas, que sin la existencia de pruebas oculares no se creerían; y por su carácter maravilloso y por su belleza, hacen pensar á algunos, á lo menos: ¿cómo existen entre las partes de ese vacío, al parecer desprovisto de estructura, que llamamos Espacio, tan extrañas relaciones? ¿Cómo puede suceder que las simples formas de las cosas nos presenten verdades tan incomprendibles como las cosas mismas en ellas contenidas?

Si el misterio de los objetos que conocen nuestros sentidos escapa á la inteligencia, todavía es más impenetrable para nosotros el que encierra esa matriz universal, si así cabe hablar, que designamos con el nombre de Espacio; porque aquellos objetos piensan muchos que son explicables, ya por la hipótesis de la Creación, ya por la hipótesis de la Evolución; pero los fenómenos del puro Espacio no pueden explicarse en una hipótesis

ni en otra. El Deísta y el Agnóstico tienen que convenir en reconocer las propiedades del Espacio como inherentes, eternas, increadas, anteriores á toda Creación, si Creación ha habido; anteriores á toda Evolución, si la Evolución existe.

Por esta causa, aunque fuese posible descifrar el enigma de la existencia, aún quedarían arcanos más transcendentales. Lo que no puede pensarse ni como obra de la Creación ni como producto de la Evolución, nos presenta hechos cuyo origen es mucho más misterioso que el origen de los hechos que nos ofrecen las cosas visibles y tangibles. Es imposible imaginar cómo existen las maravillosas relaciones á que antes nos referimos, y nos vemos obligados á reconocer que pertenecen al Espacio de toda eternidad.

Y en seguida surge la idea de la matriz universal misma, antecedente de la Creación ó de la Evolución, según se suponga, é infinitamente superior á ambas, tanto en extensión como en duración; porque concibiendo en su totalidad la Creación y la Evolución, es preciso admitir que han tenido un comienzo, mientras el Espacio no lo ha tenido. La idea de esa forma vacía de la existencia que, explorada en todas las direcciones que la imaginación es capaz de alcanzar, oculta una región inexplorada, comparada con la cual la parte recorrida es infinitamente pequeña; la idea, repito, del Espacio, en el que nuestro inmensurable sistema sideral no es más que un punto, es demasiado abrumadora para soportar su peso. En estos últimos años la conciencia de que sin origen ó causa el Espacio ha existido y debe existir siempre, produce en mí un sentimiento que me hace temblar.

APÉNDICE